
- 3 -

Acerca del niño y la fuerza de lo originario...

A Baden Powell

*"...si no os volvéis y
os hacéis como niños,
no entraréis en el
Reino de los Cielos"*
Mt. 18,3

*"El hombre es un Dios
cuando sueña y un mendigo,
cuando reflexiona..."*
Hölderlin



En general nos ocurre que despertamos a la “búsqueda” algún tiempo después de finalizada nuestra niñez; algunos en los años de juventud, otros más adelante, incluso en los momentos finales del camino de la vida, en la vejez. No importa cuando, siempre hay tiempo de transitar a paso firme hacia nuestra unidad, hacia la luz.

Saberme y reconocermé “principiante” y “luchador” es mi primer paso como peregrino. Es el primer círculo que debo recorrer. Y es, sin dudas, un arduo pero inevitable aprendizaje. Pero recorrer este primer círculo me ayudará a construir cimientos sólidos, sobre los que edificar la evolución de mi consciencia. Por ello es que, quizás sea conveniente, no intentar correr sin antes sentirme firme en los primeros pasos. Recordemos que, cuando niños, fue imprescindible gatear para luego andar vacilante los primeros pasos (que seguramente comenzaron con la ayuda y el sostén necesarios), hasta poder pasar finalmente a la firmeza de un caminar que hizo posible, incluso, la posterior posibilidad de correr.

Pienso que es posible hacer la correspondiente analogía entre el proceso de individuación¹ y el comienzo del caminar, con todos los matices que esto tiene en la vida de cada uno de nosotros. Un lindo ejemplo del ritmo inicial de crecimiento lo da la caña de bambú. Tarda cerca de siete años en formar únicamente sus raíces, sin que ni un solo brote asome apenas de la tierra. Pero luego desarrolla una altura de casi siete metros

¹ El “Proceso de Individuación” es un concepto ligado a la psicología Junguiana o psicología de los arquetipos, como la llamaron algunos. En pocas palabras podría decirse que es el proceso a través del cuál toda persona se convierte en individuo, se diferencia como ser individual del “colectivo general”, yendo desde la periferia del Ego hasta el centro de su Sí mismo. Es un camino psíquico que tiene su correlato en todas las dimensiones humanas, incluso la espiritual, aunque Jung haya sido muy poco claro con respecto a este punto.

en los meses siguientes. Es tan fuerte por debajo, que por más que soplen grandes vientos, no será nada fácil vencerlo o doblegarlo. En palabras de Carlos Fregtman, en su increíble libro "El Tao de la música": "El tronco del bambú se yergue derecho, fuerte y conserva el espíritu sabio de dejarse llevar blandamente por la naturaleza. Cuando el viento lo embate con rudeza nunca resiste; cede y se dobla acompañando el fluir natural, pero nunca se quiebra. Sólo cediendo se vence".

Pero, siguiendo el hilo que avanza en esta reflexión, ¿Cuáles son los elementos esenciales en el transitar de la vida?, ¿Qué misterios se esconden detrás de los pasos dados como niños?, ¿Qué fuerza y lugar ocupa la ancianidad y la muerte en nuestro camino?. Este será mi propósito; tratar de dilucidar algunos matices presentes de ese peregrinar desde el niño que ya fui, al anciano que seré. Más, como veremos, tal niño y tal anciano no nos refieren únicamente a las edades de la vida sino y fundamentalmente a realidades interiores, a veces apenas perceptibles, y otras veces, bastante tangibles. Mi pretensión es tomar contacto con dichas realidades para intentar poner en palabras algo del vasto y rico mundo íntimo de cada uno.

No es psicológico el criterio que voy a utilizar en el siguiente desarrollo, o al menos no en el sentido clásico del término. Todos fuimos niños, todos vivimos de tal o cual forma nuestra niñez. Me refiero aquí a la etapa real de vida que parte con nuestra concepción, recorre los nueve meses de gestación y finaliza cerca de los 12 años, poco más, poco menos según cada uno, la historia familiar, la cultura y la época. Todos, con este criterio, dejamos de ser niños. Luego transitamos hacia nuestra adolescencia, juventud y nos buscamos ubicar en el mundo adulto con diferentes reglas del juego a las experimentadas en la niñez, con otra mirada del mundo, a veces muy distinta y distante de la que teníamos cuando niños, la que, en muchos casos, ya casi ni recordamos. Hay una tensión muy grande detrás del binomio **Niño - Adulto**; y es una tensión

generada por realidades estructuralmente diferentes. Ya no podremos fácilmente mirar con “ojos de niño”, e incluso en el intento de entender esta etapa estamos influenciados por las actuales categorías de “grandes”.

Saint Exupery comienza el conocido libro “El Principito” con una crítica a las personas grandes que confunden el dibujo de una boa que se comió un elefante, con el dibujo de un sombrero. Más tal confusión nunca le ocurrirá a un niño pequeño, porque él mira con la imaginación creadora a flor de piel, no con el pensamiento deductivo, ni el sentido común propio de adultos. Parece ser, en principio, que hay una forma constitutivamente diferente de mirar y de percibir el entorno, cosa que por supuesto ha desarrollado y demostrado suficientemente la psicología de Jean Piaget y los posteriores constructivistas. Trataremos igualmente de ir más allá de esta diferenciación evolutiva – cognitiva.

Intentar evocar los recuerdos de nuestra niñez, es siempre una tarea delicada; es como tratar de tomar contacto con ese ser arcilloso y maleable que fuimos, con las huellas que todo aprendizaje fue imprimiendo en nosotros, con heridas no siempre cicatrizadas, con dulces anécdotas de juegos, cuentos, canciones y danzas, con viejos e irreconocibles rencores y miedos, con grandes y alegres momentos, con juguetes y regalos, festejos de cumpleaños, vacaciones y otras tantas innumerables cosas. Algunos tienen recuerdos más bien dulces de ésta etapa, otros más bien tristes o amargos y finalmente, otros, parecen no poder recordar demasiado. Pensamos que, en el sentido de lo dicho, la niñez es una mezcla de sabores muy diferentes, no siempre distinguibles entre sí, lamentablemente para toda pretensión de discernimiento y comprensión.

En muchos sentidos, la memoria es frágil, y más cuando se trata de revisar el pasado remoto de la vida personal. Hay cosas que se recuerdan con mucha precisión: olores, lugares, amigos, situaciones, objetos,

rostros, y otras, que sólo evocamos vaga y confusamente cuando algo en nuestro entorno actúa a la manera de estímulo que dispara el recuerdo. Asimismo, muchas experiencias dolorosas, sólo vuelven a lo cotidiano en forma de sueños o ensueños. De todas formas, más allá de cómo haya sido para cada uno la niñez, hay allí puesto en juego más de lo que podemos imaginarnos, al menos en principio, porque la niñez es nuestro origen y todo origen esconde celosa y profundamente el misterio de lo primordial....

Es una verdadera lástima que veamos a los comienzos de nuestra humanidad (su niñez) solamente como una etapa "primitiva", como desvalida (evolutivamente hablando) o en inferioridad de condiciones, hasta como un estadio de salvajismo en oposición a la civilizada forma de vida del hombre actual. Si la humanidad originaria sólo fue primitiva, entonces las formas siguientes podemos entenderlas como superadoras y más desarrolladas. Pero si además de rasgos primitivos, aquel **protohombre** tenía rasgos primordiales, entonces la cuestión es bien diferente. Podemos aceptar que lo meramente primitivo debe ser mejorado, perfeccionado, más no podemos aceptar que lo primordial sea olvidado o descuidado, porque pensamos que guarda vestigios del brillo original del hombre. Los orígenes guardan claves de comprensión del sentido mismo de la vida (tantos como lo hace el fin de la vida..., la muerte²). Desde allí pueden y podrán entenderse muchas cosas ya que lo primordial se encuentra más cercano a la Fuente, al conocimiento antiguo, a un pensar que tenía una forma estructuralmente distinta a la del hombre actual, a una sensibilidad que vibraba frente a umbrales diferentes, a una percepción de fenómenos y realidades que se fueron

² El equivalente a esto en el plano de la humanidad, sería la decadencia de las grandes culturas. Los momentos donde el hombre se vió sacudido por catástrofes y guerras, las caídas de los imperios y las grandes rupturas de orden cultural, ofrecen interesantes e inagotables elementos dadores de sentido para el hombre todo.

perdiendo o modificando con el pasar de los siglos. El hombre originario es con respecto al actual, como el niño con respecto al adulto.

El pensamiento mitológico es un claro ejemplo de lo que tratamos de explicar. En contraste con el pensamiento lógico, racional, científico, especulativo y deductivo parece una forma de pre - pensamiento, primitiva y poco valiosa para las ideas científicas actuales acerca del hombre, del mundo (naturaleza) y del universo. Más no es lo que han demostrado hombres como Joseph Campbell, Mircea Eliade y René Guenon, entre otros. Los mitos parecen esconder tesoros que a la mente lógica no le resulta sencillo captar. La razón no parece ser una buena red para pescar en las aguas primordiales de la mitología de todas las culturas. Se le escapan demasiados peces como para considerarla una buena herramienta y menos aún la única. Gracias a Dios, en la actualidad (tanto como lo hizo el movimiento Renacentista y el Romántico) se está volviendo a la valoración del pasado primordial, se está desarrollando la sensibilidad adecuada para buscar comprender y no solamente para entender³ y menos aún, para seguir emitiendo juicios de valor.

La que busca entender o conocer es la cabeza; nuestra comprensión, en cambio, se logra con todo nuestro ser en unidad. Como ya dijimos con anterioridad, la razón tiene, como último paso, que reconocerse superada por un sinfín de circunstancias, esto mismo llevó a un gran científico y pensador a afirmar de una forma maravillosa que: **“la ciencia comienza propiamente a volverse interesante, allí donde acaba”**⁴. Puede ser que en algún momento el hombre en general (la humanidad), de ese paso que ya dieron muchos hombres en particular, un paso hacia la gran síntesis entre razón y corazón, síntesis que se realiza

³ Más adelante explicitaré la diferencia que tienen para mí los términos “entender” y “comprender”, pero pienso que sería valioso para el lector no considerarlos como sinónimos.

⁴ La frase pertenece a Justus Von Liebig.

en una nueva capacidad que se abrirá al hombre que la conquiste: **la intuición**⁵.

En gran parte, lo dicho sobre la humanidad es análogo en la niñez. También el pensamiento simbólico del niño fue considerado, desde el punto de vista de la psicología evolutiva, como primitivo. Ya que posteriormente debía ser superado por formas de pensamiento abstracto, vistas éstas últimas como más desarrolladas y superadoras. Y, si bien esto es cierto (sobre todo desde un paradigma que privilegia la razón por sobre otras capacidades humanas), muchas veces lo que es verdad desde un punto de vista, quizás no lo sea desde otros. El pensamiento abstracto puro está bastante lejos de ser una buena red de conocimientos sino se combina con la imaginación, con la capacidad simbólica y profundamente creadora del niño.

Probablemente sea una verdad irrefutable que el mundo adulto tiene más y mejores herramientas para conocer el mundo circundante, pero de poco sirven las mismas, si al adquirirlas, niegan las capacidades propias de etapas anteriores. Paracelso sostenía que **“lo que vive según la razón (exclusivamente), vive contra el espíritu”** y este es un importante límite del mundo adulto que infravalora o hasta trivializa capacidades como la intuición (correctamente entendida), la sensibilidad frente a lo simbólico, los enigmas expresados en parábolas, fábulas, cuentos de hadas, criptogramas, jeroglifos, iconos sagrados, etc. El pensamiento discursivo se muestra y se explicita en la palabra, pero el simbólico va más lejos, metiéndose en el territorio de los sueños, las poesías, las obras de arte, la música, la danza, los ritos, entre otros.

⁵ No quiero confundir a la “intuición” con lo que vulgarmente se entiende por ella. Esto sería más bien un tipo de sabiduría espontánea que posee todo hombre, en mayor o menor medida. Le doy a la intuición la idea, presente en la cábala hebrea, de capacidad nueva que amplía la percepción humana cuando se abre como producto de la unión de las funciones masculinas y femeninas. Está directamente relacionada con el Ojo del Corazón al que ya hemos mencionado brevemente.

Desde un punto de vista más arquetipal⁶, el niño es una realidad interior siempre presente a lo largo de nuestra vida. Aunque podemos perder el contacto fácilmente con dicha realidad y alejarnos de esa fuerza tan particular que asociamos a la niñez. Fuerza de la que voy a ocuparme brevemente tratando de separarla para la mejor comprensión en dos matices: el **niño originario o primordial** y el **niño huérfano o herido**. Me gustaría considerar a ambos niños como personajes internos con los que es posible tener “un encuentro”, independientemente de la edad que tengamos.

Como seres incompletos que somos y buscadores de la completud y la totalidad, necesitamos, para transitar en el camino, de una energía vital de la que los niños pequeños claramente disponen y manifiestan. Dicha energía en estado de máxima pureza, es indiferenciada o, en otras palabras, está puesta en todos lados y en ninguno específicamente. Es como correr sin poder parar y sin tener clara la dirección. Es una explosión de energía omnidireccional y nada selectiva. Es una vitalidad que mueve y nos mueve, nos despierta cada mañana y nos lleva a la acción. Nos hace andar y andar como verdaderos “deambulantes”. Voy a ligar a ésta vitalidad, energía, entusiasmo, a ésta “fuerza” aparentemente inagotable, al niño que llamé originario o primordial.

El **niño originario** es el guardián de los deseos ardientes, él es, en sí mismo, deseo puro y por ello, no puede dejar jamás de desear. Seguramente así lo sentimos o vivimos nosotros cuando fuimos niños, no sabíamos dejar de querer; queríamos todo, aunque sin saber por cuánto

⁶ La idea de arquetipo, muy tenida en cuenta en este trabajo, está tomada en el sentido que el mismo Jung le ha dado. Los arquetipos serían formas puras que se expresan a través de imágenes. Y si bien las imágenes de alguna manera los representan, no se debe confundir lo uno con lo otro. El arquetipo es una realidad muy dinámica y difícil de atrapar o explicar. Están muy relacionados con lo que Platón designó como “Ideas” y con lo que Kant llamó “Formas puras o a priori”. La discusión acerca de dónde radican me parece muy compleja, pero hay quienes los vinculan al mundo interno inconsciente y quienes los vinculan al mundo espiritual superior. Pienso que bien podrían ser verdaderas ambas posturas y ser los arquetipos tanto realidades profundas y terrenales, como elevadas y celestiales... microcosmos y macrocosmos.

tiempo y para qué. Este niño es un poco caprichoso, hiperactivo, incansable, insaciable, imparable, ilimitado, ansioso, quiere todo ya y cuando lo tiene, lo deja por ahí y quiere otra cosa más, siempre más. Es aventurero y temerario, arriesga tanto que los miedos no pueden con él, nada sabe de medida, ni de prudencia. Es arrogante y se siente un tanto omnipotente, como si nada ni nadie fuera jamás a detenerlo. Es pura voluntad, impulso, intención, pero sin ningún objetivo, sin metas o con infinitas metas (que es otra manera de no tener ninguna). Es un gran demandante, pide cosas, respuestas, atención, cariño, movimiento y, en el fondo, podemos tener la sensación de que nada lo satisface plenamente; todo lo calma un rato y pronto vuelve a la carga por más. También es un gran soñador, es pura imaginación creadora, sin límites materiales como los impuestos por el dinero y el espacio, sin límites temporales como el impuesto por el reloj o la muerte.

Todos los niños eternos u originarios se parecen y rara vez asoman su rostro en la vida cotidiana del adulto. Al menos en la cultura occidental blanca (dejaremos afuera de esta observación a los hombres originarios de la tierra, los aborígenes) este niño fue siendo poco a poco reprimido, el adulto fue convirtiéndolo, escondiéndolo por inadaptado, negándolo por considerarlo inmanejable, indomable... como muchos niños, que parecen verdaderos torbellinos de acción, casi imparables.

Repaso y trato de profundizar las características de este **"Peter Pan"**⁷ interior para luego descubrir e intentar describir al otro niño, muy diferente y lamentablemente más al alcance de nuestra mano en el día a día.

➔ Nuestro niño eterno es la energía que nos mueve a la vida, es el combustible de nuestra evolución, es el diamante por pulir que yace

⁷ Este personaje tan conocido, es quien mejor expresa la energía del niño originario. De alguna manera él encarna a través de su imagen y personalidad a este arquetipo que intentamos

como tesoro escondido en algún lugar del alma humana y allí, como un “fuego fatuo”, no se queda quieto y no se deja atrapar...

- ➔ Nuestro niño eterno es imaginación sin límites, es la capacidad de crear sin formas establecidas de antemano, sin estructuras. No es la imaginación que copia, que calca para luego colorear, que hace fotocopias o simplemente reorganiza de forma diferente lo ya visto. El crear de este niño está acompañado de la capacidad de ver lo extraordinario de cada cosa, aún en lo ordinario⁸, de ver la novedad, lo nuevo que late escondido en todo, por más cotidiano y aburrido que sea para los ojos del adulto. Como “grandes” vivimos atrapados en la rutina que es la repetición mecánica de formas viejas; como si todo fuera más de lo mismo. Es el mundo de la “obviedad”, del “ya sé”, del “ya nada puede sorprenderme” porque lo he visto todo. Estamos como encarcelados en el plano de la materia y no podemos, desde el asombro de nuestro niño originario, descubrir la maravilla de lo sutil que está en cada cosa, aún en las que tenemos que realizar cada día de forma aparentemente similar. Un buen ejemplo de esto es un niño pidiendo repetidas veces a un adulto que le cuente siempre el mismo cuento... ¿quién es el que se aburre de repetir?, ¿Parece el niño estar oyendo “el mismo” o cada vez otro distinto, como si fuera nuevo?.
- ➔ Nuestro niño eterno es capacidad inagotable de asombro. Y sin ella no es posible hacer filosofía, como afirma Jaspers, pero tampoco es posible ver los verdaderos colores de cada realidad..., el mágico mundo de las esencias y de los arquetipos. Los adultos confundimos la imaginación con la fantasía y la diferencia, sin embargo, es grosera. La primera **crea**, sin preconceptos; es dinámica, espontánea y muy

explicar. Para completar esta descripción se puede leer el magnífico libro “Peter Pan”, de James Barrie.

⁸ Esta idea está inspirada en la frase de Juan Pablo II: **“El hombre tiene que aprender a descubrir lo extraordinario en lo ordinario de cada día”**. Quizás, una buena manera de dejar de andar, todos los días, detrás de lo extraordinario o diferente, como intento de eliminar la sensación molesta de rutina y aburrimiento, hasta de terrible hastío.

frágil, puesto que cualquier pauta exterior o interior la corrompe y destruye. La segunda, en cambio, repite **reactivamente** desde esquemas viejos, sobre formas del pasado. La fantasía tiene residuos de viejas cosas imaginadas, desperdicios grises de la niñez originaria. Es duro decirlo, pero esto es evidente para el corazón del niño auténtico pues él distingue claramente entre crear y reproducir. En la fantasía hay formas pasadas congeladas, estáticas, y pueden recordarse o no dependiendo esto de cada historia personal. En la imaginación no hay formas establecidas ya que todo está en movimiento, no hay esquemas que se cristalizan puesto que es incompatible con la idea misma de límite. La imaginación es como un inquieto colibrí que vuela incansablemente lleno de vitalidad, belleza, y muere instantes después de haber sido enjaulado y atrapado por el mundo de los condicionamientos.

- ➔ Nuestro niño eterno está inmerso en el tiempo que los griegos denominaban **"kairos"**, en oposición al tiempo medido del dios **"Cronos"**, que es el tiempo que marca el reloj moderno. Este ser originario no se puede ubicar en el transcurrir de segundos, minutos, horas, días, etc. y por esto lo llamamos también eterno, porque su realidad está más allá del aspecto lineal del tiempo. Para explicitar esto no hace falta más que ver jugar a un niño pequeño; hay algo de él que está allí y hay algo que no, que está en un mundo muy distinto al de la mayoría de las personas grandes. Él juega con todo su ser, no con su cuerpo, o su cabeza, o su corazón; y cuando un adulto lo llama a la realidad temporal de, por ejemplo, "la hora de comer", entonces hay algo que se quiebra, una delicada burbuja se rompe y aparece la necesaria lucha con "cronos". La vida no es eternidad solamente, también es necesario incorporar el transcurrir lineal y a partir de él, la noción de final (o finitud) de toda vida, que es la muerte, más de esto para el otro niño, el herido, que bastante bien lo sabe. Decirle a un niño en medio de un cuento, que se hace tarde para que vaya a

dormir es el difícil aprendizaje que surge del encuentro no siempre armónico entre **cronos** y **kairos**. Los adultos, en cambio, ya no luchamos porque cronos ha vencido y rara vez tenemos la divina experiencia de estar con todo nuestro ser en esa eternidad dulce del kairos. Y no es sólo cuestión de usar o no el reloj en la muñeca o la agenda en el portafolios, sino de asumir la difícil tarea de pedirle a nuestro niño eterno que nos recuerde cómo se hacía para unir el cuerpo, el corazón y la cabeza, en una acción, para lograr con espontaneidad la experiencia de armonía de todo nuestro ser. Los hobbies, en el mundo adulto, quizás sean una clara expresión de la necesidad de, a pesar de todo, no perder el espacio de unidad en el kairos; más el verdadero arte es lograrlo en cualquier espacio cotidiano; he aquí, para mi, el desafío más complejo que nos propone el encuentro con éste mágico personaje interior....

- ➔ Nuestro niño eterno es maestro de: juegos, cantos, bailes, contar historias. Cuentan que los médicos nativos “Navajos” que al ver a un adulto enfermo, ellos utilizan cuatro preguntas para medir el grado de desequilibrio y por lo tanto de enfermedad:

- ✖ **¿Cuánto hace que no juegas? ...**
- ✖ **¿Cuánto hace que no bailas? ...**
- ✖ **¿Cuánto hace que no cantas? ...**
- ✖ **¿Cuánto hace que no cuentas historias? ...**

Pero ojo, porque para que el adulto esté cercano al niño originario no sólo interesa el tiempo breve en cada respuesta. No solamente es una cuestión de tiempos, sino también y fundamentalmente de “desde dónde” ha estado realizando tales actividades. Es imprescindible que haya sido, o que sea, por puro deseo; hacerlo simplemente porque sí, por espontánea acción. No por obligación, trabajo o estar en contacto cotidiano con niños, porque otros lo hacen, por necesidad de estar en el centro de la escena,

de llamar la atención de los demás, etc. Nuestro niño eterno aspira a realizar sus deseos, pura y sencillamente porque sí. En él no hay especulación mediando antes de la acción, hay siempre acción libre y no, reacción⁹.

Los adultos, en cambio, tenemos **expectativas** en vez de deseos, pero debemos ser cuidadosos puesto que las mismas esconden una trampa. Lo que se oculta detrás de las expectativas es una compleja trama de necesidades. Deseos, necesidades... ¿Cuál será la diferencia?. Toda necesidad es un deseo, pero no todo deseo es una necesidad. Voy a tratar de clarificar un poco más: una necesidad es un deseo irresignable, que debe satisfacerse sí o sí para que nos sintamos bien, por ello cuando las expectativas no se cumplen nos sentimos insatisfechos, no nos da lo mismo, no es un querer libre como en el caso del deseo puro. En cambio, cuando **aspiramos** a algo, lo queremos y deseamos, pero seremos capaces de resignarlo sin perder por ello el equilibrio. La insatisfacción no es la consecuencia de las aspiraciones que no se realizan, porque somos libres de los deseos, pero esclavos de lo que necesitamos.

Por lo tanto, las expectativas y las subyacentes necesidades que se ocultan detrás de ellas, nos conducen a veces al camino de la satisfacción (cuando son cumplidas), a veces al camino de la frustración o el fracaso (cuando no pueden ser cumplidas). En la India suelen llamar “apegos” a éstas necesidades que condicionan nuestra libertad y nuestro camino hacia la plenitud; y son vividas como anclas tiradas a lo profundo del océano y que impiden el avance hacia el despliegue del ser. Volveré al tema después de hablar del niño huérfano con otros elementos de comprensión.

⁹ Lo reactivo en general evidencia la pérdida de la libertad, puesto que irrumpe desde lo interno sin que podamos hacer una pausa entre estímulo y respuesta. Es un poderoso condicionamiento que surge como un volcán en erupción y nos gana en la posibilidad de intervenir al respecto. Hacemos, pero no “elegimos” hacer, en sentido estricto.

En cambio, tanto en las aspiraciones como en los deseos que se encuentran detrás de las mismas, no sólo encontramos el impulso motor hacia el desarrollo de nuestra vida, sino que no son, para nada, condicionantes de satisfacción, puesto que no nos llevan ni a la impotencia ni a la sensación de fracaso. Son fuerzas de crecimiento incondicionales, libres y liberadoras.

Por último, nuestro niño eterno, poseedor del diamante por pulir, potencialidad pura, portador de la grandeza de cada hombre y de la humanidad toda, es como lo llama Bachelard, “un soñador solitario”, lleno de nobles intenciones, puesto que para él la vida misma es: fábula, cuento, mito, fascinante juego, mágico espacio sagrado, maravillosa aventura, inefable misterio que sólo es posible sondear para el mundo adulto que ha sido capaz de no perder el contacto con su mirada...

Algunos autores llaman a este niño, “divino”, más es importante advertir, que no todo en él brilla como luz. Es imprescindible no perder de vista sus virtudes, pero es importante, además, aprender de sus excesos. Tenerlo demasiado a flor de piel nos llenaría de lógicos inconvenientes, y no poder conectarnos con él, también. Esto pasa con todos los “personajes interiores”¹⁰, incluso con los que ya nombramos: el peregrino buscador, el aprendiz, el luchador, el juez, el niño originario y con los que aún no hemos nombrado. Debemos aceptar el desafío de conectarnos con ellos, pero sin quedar instalados o pegados en y con su energía.

✖ No conectarnos con el **buscador** es quedarnos dormidos en vida; quedarnos fijados al buscador es transformarnos en errantes vagabundos sin patria, eternamente extranjeros y disconformes, sintiendo que no tenemos lugar donde estar.

¹⁰ Cada vez que hablo de “personajes interiores” me refiero al ropaje que puede vestir un determinado arquetipo, tal como aparecen en sueños y ensueños, en cuentos, mitos, etc. Los ropajes son cambiantes, pero se puede establecer, tal como lo trato de hacer, un esquema básico para entenderlos. La realidad es siempre más rica que cualquier intento de explicarla.

- ✖ No conectarnos con el **aprendiz** es privarnos de enriquecernos permanentemente; quedarnos fijados al aprendiz es no asumir nunca la responsabilidad de lo aprendido, no poder asumir el papel de instructores (con la responsabilidad de transmitir a otros).
- ✖ No conectarnos con el **luchador** es dejarnos estar, no asumir la autoría y dejar que la vida y las circunstancias nos manejen, sin luchar por crecer; quedarnos fijados al luchador es no saber fluir, no disfrutar del descanso y poder dejarnos guiar por otro en los momentos en que esto es necesario.
- ✖ No conectarnos con el **juez** es caer en la pérdida de la consciencia moral, en el sentido de tener un referente de conductas sociales o de convivencia, es caer en la absoluta indulgencia, lejos de poder asumir responsabilidad alguna por nuestros actos; quedarnos fijados al juez es moralizar todo comportamiento, al punto de actuar solamente en función de los patrones de perfección¹¹.
- ✖ No conectarnos con el **niño originario** es perder la fuerza vital, las ganas de salir cada día al escenario de la vida; quedarnos fijados al niño originario es estar en todos lados y en ninguno, es quedarse atrapado en la dispersión de la cantidad y no poder pasar a las dimensiones más profundas de la realidad.

Paso entonces a tratar de delimitar al segundo, y no menos importante de los niños: **el herido o huérfano**. Muchos cuentos hablan de los niños perdidos del bosque o niños abandonados y criados por animales, como es el caso de “Tarzán” con los monos, “Mowgli” con los lobos, los

¹¹ Aunque no lo desarrolle en este punto quiero señalar una diferencia substancial entre el “juez” que se construye desde lo heredado y desde el “deber ser” y la verdadera y autónoma Conciencia Moral que surge desde el Yo del hombre en contacto con las Verdades y del Ideales eternos... Pienso que en la búsqueda de Kant de una moral autónoma que supere la heterónoma (puesta desde afuera, por otros) subyace el anhelo de encontrar lo inmutable que nos permita actuar desde y en consonancia con lo superior divino, con los mundos espirituales.

legendarios “Rómulo y Remo” amamantados por una loba, los niños huérfanos que viven en la tierra de “Nunca Jamás” y que son liderados por Peter Pan, o los mismos Hansel y Gretel deambulando y siendo atrapados por la bruja del bosque, son algunos de los tantos ejemplos de este tipo de niños en historias de diferentes épocas y origen.

Estar “perdido”, ser “huérfano” o estar “herido”, son diversas maneras de hablar de lo mismo. En el transitar de nuestra niñez, ese niño originario que vinimos mencionando, va siendo marcado por un sinfín de experiencias, va desenvolviéndose en situaciones gratas e ingratas, va incorporando esquemas de su entorno, va aprendiendo, y a veces padeciendo, los límites que la realidad le pone. Diversos contextos van modelando esa frágil arcilla y van dejando huellas en ella, va metiéndose dentro de un sistema de valores, creencias, prejuicios, va internalizando mandatos que sutilmente percibe en su familia (especialmente de parte de sus padres y su entorno inmediato). Y en este vivir todos tomamos contacto con tres realidades básicas que conforman básicamente a nuestro huérfano:

- ✖ El hecho de haber sido expulsado del paraíso materno donde reinaba la plenitud y la seguridad, donde no había problemas que resolver porque todo lo necesario estaba a nuestra disposición.
- ✖ El contacto con la finitud de la vida a través de la vivencia de alguna muerte o sensación de pérdida cercana, aunque sea la de una mascota.
- ✖ El doloroso tránsito de lo ilimitado a lo limitado, de esa inmadura libertad propia de nuestro origen al difícil mundo de los condicionamientos de la vida¹².

¹² Este dolor, está asociado al proceso mismo de “encarnación”. Somos seres con cuerpo y alma (al menos en un esquema simple de entender), y tal como ya lo sostenía Sócrates, ambas tienen necesidades propias no siempre compatibles entre sí. Es esencialmente incómodo para lo

Por esto, nuestro “niño herido”, sabe subjetivamente que hubo un inconsciente pasado al que puede anhelar volver, aunque éste haya sido solamente una especie de “protoarmonía”. Sabe que no somos eternos, que somos limitados, que morimos y que tomar contacto con todo límite es un proceso doloroso e incómodo. Cada bien y mal, premio y castigo, sí y no, fueron dejando marcas en su piel hipersensible. Fuimos empezando a aprehender un amor con condiciones, con todos aquellos requisitos que sentimos debíamos cumplir para ser queridos, para ser tenidos en cuenta, escuchados, mimados o respetados. Muchos de estos requisitos quedaron indeleblemente sellados como mandatos¹³: “sé bueno”, “sé ordenado”, “no digas que no”, “no digas lo que sentís”, “no llores”, “sé perfecto”, etc. Por otro lado, muchos de esos “deseos ardientes originarios” fueron convirtiéndose en necesidades, y empezaron a ser imprescindibles para que nos sintamos bien, satisfechos o queridos. Y finalmente, muchos de los errores castigados de diversas maneras, fueron ayudándonos a armar un ideal de comportamiento, de justicia, un “deber ser”. Poco a poco la vida nos ayuda a armar una “personalidad” y, como veremos luego, también a armar una “sombra”, a espaldas de nuestra consciencia (al menos por cierto tiempo)...

He aquí la realidad de nuestro “niño herido”: tiene incorporada la exigencia de cumplir con determinados mandatos familiares y sociales; tiene aprendido un sin fin de necesidades que ocupan el lugar de apegos o de condiciones de satisfacción; tiene incorporado un “deber ser” con creencias y prejuicios, que funciona como un modelo interior que hay que alcanzar para ser queridos, para ser felices o tener éxito en la vida. Visto

inmaterial (alma y espíritu), estar ligado a la materia (cuerpo), pero esta es, de hecho, nuestra condición natural. Esto le hacía decir a Platón que “el cuerpo es la cárcel del alma”.

¹³ Los mandatos, ya sean familiares o sociales, internos o externos, son imperativos categóricos de orden moral (o de base moral para ser un poco más estrictos). Son fuertes condicionantes, e incluso, determinantes de libertad y suelen teñir a nuestra manera de pensar, de sentir y de accionar en el entorno. No es sencillo hacerlos visibles, pero es de fundamental importancia tenerlos en cuenta a la hora de intentar desarrollar nuestras verdaderas potencialidades.

así, parece ser un personaje interior difícil de tratar, y en parte algo de esto hay. En este punto se hace difícil hacer generalizaciones puesto que el niño herido está marcado por nuestras vivencias, por la infancia real que tuvimos y de allí surge el ideal que construimos y que tanto va a influir en la manera de juzgar nuestras acciones, pensamientos y sentimientos y en la manera futura de educar a nuestros propios hijos. Es un procedimiento natural, inevitable y sencillamente impecable; no podemos evitar tener niño herido por más que siempre evoquemos recuerdos de días felices de nuestra infancia, no podemos evitar tener ideal de comportamiento supervisado y ejercido por ese Juez que siempre busca dictaminar: bueno o malo, inocente o culpable, correcto o incorrecto.

Para conocer a este huérfano, debemos comenzar a descubrir las necesidades que se ocultan tras las expectativas que tenemos de cada cosa o persona; debemos intentar atrapar esos invisibles mandatos que hacen fuerza para ser cumplidos (incluso a pesar de nuestra consciencia de ellos); debemos empezar a tomar contacto con lo que nos provocó dolor (físico y/o anímico) y que terminó convirtiéndose en condición para amar y ser amado, en miedos; debemos tratar de descubrir los esquemas de creencias y prejuicios. Como estamos viendo, no es ni una tarea gratificante ni muy sencilla. Pero allí está esperándonos nuestro niño, lleno de heridas que deberán poco a poco ser sanadas, curadas....

Esta realidad interior suele ser muy delicada, y debemos, bajo todo punto de vista, ser cuidadosos con ella, no toquetearla ni hurgar por curiosidad ya que podemos tropezar, de esta forma, con llagas no cicatrizadas. Es muy probable que el niño herido nos conecte con aspectos dolorosos de la infancia, con viejos sufrimientos y rencores profundos. Y, si bien es necesario descubrirlo para comenzar a transitar el largo camino del perdón, sólo debemos buscar situaciones del pasado cuando estamos seguros de tener a nuestra disposición las herramientas apropiadas para

curarnos, o al menos la persona o el grupo que nos ayude y contenga en tan frágil tarea.

Este niño puede ser muy ingenuo o también muy desconfiado y poner mucha distancia o mostrarse ajeno a cualquier intento de acercamiento. Porque hay heridas que nos hacen temerosos, miedosos y otras, que nos hacen agresivos y combativos. No importan las consecuencias actuales, toda herida debe ser cerrada y curada desde lo profundo a lo superficial ya que todo dolor que se queda instalado en nosotros se convierte poco a poco en sufrimiento, que es la forma que adquiere el dolor ya envejecido por los años. Y este sufrimiento es generador de amargos rencores hacia aquello que lo provocó (lo podamos recordar o no). Valga aquí citar el pensamiento del Padre Mamerto Menapace: **“El dolor es una realidad física. El sufrimiento es la experiencia de no poder encontrar sentido a ese dolor”**. Sin duda, es muy poco probable que cuando fuimos niños, hayamos podido encontrar sentido a las vivencias¹⁴ y, quizás, esto nos pueda hacer imaginar la cantidad de cosas pendientes que tenemos con este personaje interior. Volveré a este punto en la reflexión sobre las crisis.

El trabajo con nuestro huérfano es, sin dudas un trabajo de sanación. Sanar los mecanismos de defensa, el sistema inmunitario, las adicciones, las humillaciones, la indiferencia, la voluntad herida, los dolores del corazón, las frustraciones. Sanar, pero sabiendo, como dicen los ancianos nativos norteamericanos, que **“no hay nada que nos hayan hecho o que nos hayamos hecho a nosotros mismos que el Gran Misterio y la Madre Tierra no puedan curar”**.

Sólo dando este paso de prudente tratamiento de las heridas del pasado se accede a la inocencia resplandeciente del niño original.

¹⁴ Esta poca posibilidad de conciencia que tiene el niño se compensa con el trabajo de conciencia que los adultos debiéramos tener respecto a las cosas que les suceden a ellos. El niño

Inocencia que no debemos confundir con ingenuidad. La primera nos muestra, desde la espontaneidad y el asombro, las cosas como realmente son; es realista, hasta cruel en algún sentido. En cambio, la segunda, nos esconde algunos aspectos del mundo y solamente nos hace visible uno de los planos; por ejemplo, la ingenuidad de ciertos optimistas, que no pueden ver el lado oscuro de las cosas o, en el otro extremo, la de ciertos pesimistas, que no pueden ver la luz de las cosas. No sucede así con la inocencia y menos aún cuando es conquistada y recuperada como virtud en la ancianidad, de la que nos ocuparemos en el próximo capítulo. Esta va a darnos la apertura a los misterios, como si fuera la llave de la puerta que lleva al sutil más allá, al mundo de la trascendencia. La inocencia no nos oculta matices, por desagradables que parezcan, porque se alinea con el sentido y con la esperanza. Lejos de todo fatalismo, el “niño originario”, está lleno de confianza, casi ciega; está lleno de ilusiones, de esperanza... esperanza en la vida, en nosotros mismos, en el amor, en la unidad.

Para terminar, quiero hacer énfasis en el sentido existencial que tiene el “niño huérfano”, y así evitar que nos quede un sabor amargo respecto a él, y que esto nos prive de ver la luz, la dignidad y la maravilla de este fascinante personaje. En líneas generales, él está conectado con el **sentido de la carencia**¹⁵ y contrasta claramente con la omnipotencia del “niño primordial”. Y es esta carencia la que nos lleva a buscar al otro, lejos de toda autosuficiencia y falso sentido de inmadura completud, e incluso nos lleva a “lo otro”, al mundo y a Dios como fuente de verdadero sosiego. Este sentido de carencia será motor de búsqueda de muchas cosas en la vida y evitará que nos cerremos sobre las propias realidades

no puede encontrar sentido a su dolor, pero el trabajo que sus padres hacen de búsqueda de sentido se impregna en él y aunque no evite la herida, comienza ya el proceso de cicatrización.

¹⁵ Me parece que este **sentido de carencia** está muy lejos de ser un lastre para la vida de todo hombre. Probablemente sin él no tengamos la fuerza motora que nos saque del ensimismamiento, hacia el maravilloso mundo del “afuera” donde se encuentran los vastos “horizontes de relación”.

interiores, negando toda otra posibilidad externa de encuentro con lo diferente.

Nuestro niño herido suele demandar mucho cuidado y atención especial (aunque en muchos casos el aislamiento le hace evitar, como mecanismo de defensa, más dolor) y, por otro lado, puede mostrarse distante y desconfiado, por ello, es muy posible que trabajar con él sea sinónimo de navegar en un mar de contradicciones, de necesidades encontradas a las que hay que saber respetar: “quiero que te acerques pero tengo miedo a que me lastimes”, “quiero que me mimes pero que no me ahogues”, “quiero que me hables pero me da temor oír lo que no quiero”, etc. Ya que el miedo es un tema difícil de manejar para este niño, debemos decir, una vez más, que es de fundamental importancia ser cuidadosos al acercarnos. Es muy sugerente la propuesta que el zorro le hace al Principito para dejarse domesticar: **acercarse cada día un poco, ir avanzando paso a paso con continuo y prudente esfuerzo** (hasta un poco ritual). Quizás sólo de esta forma nos sea posible curar sus heridas sin sobresaltos e inminentes retrocesos, sin que sienta que, una vez más, saldrá lastimado....

Dejo un cuadro de síntesis como propuesta para simplificar y para ver reunidos algunos de los elementos que fuimos mencionando a lo largo de mi reflexión:

NIÑO ORIGINARIO O PRIMORDIAL	NIÑO HERIDO O HUERFANO
Deseos – Aspiraciones	Necesidades – Expectativas
Inocencia	Ingenuidad
Kairos	Cronos
Imaginación creadora	Fantasía reproductora

Imposibilidad de seleccionar	Selección afectiva
Espontaneidad – Actitud lúdica	Artificialidad – Especulación
Vanagloria – pedantería	Vulnerabilidad
Omnipotencia – arrogancia	Carencia – desvalorización
Temerario por naturaleza	Cobarde en reacción al dolor
Asombro	Obviedad
No tiene huellas o marcas	Está marcado por las vivencias
Confianza – Esperanza	Desconfianza – Miedos

Haciéndonos Preguntas...

- * ¿Cómo y en qué momentos siento la fuerza de mi niño originario en mi vida?
- * ¿Cuánto hace que no juego libre y espontáneamente?
- * ¿Cuánto hace que no canto, bailo o cuento historias?
- * ¿Cuáles son las necesidades de mi niño herido?
- * ¿Cuáles son los deseos que, más allá del tiempo y del dinero, tengo en lo profundo de mi ser?
- * ¿Qué aspiraciones sagradas tiene mi niño primordial?
- * ¿Qué expectativas me planteo desde mi niño herido?
- * ¿Cómo me muevo con los tiempos "cronos" y "kairos"?
- * ¿Siento cotidianamente la espontaneidad o me veo permanentemente atrapado en la especulación?
- * ¿Mi niño herido es desconfiado o excesivamente confiado?
- * ¿Mi niño herido es imaginativo, creativo o fantasioso y más bien apegado a los lindos recuerdos del pasado?
- * ¿Mi niño herido es inocente o ingenuo?
- * ¿Me he ocupado de curar las heridas abiertas de mi pasado?
- * ¿Qué experiencias de abuso por parte de mayores han condicionado mi actitud y conducta como consecuencia?
- * ¿Me resulta sencillo recapitular mi historia para sanarme en vez de volver a juzgarme?
- * ¿Qué fuerza hace en mis actos ese "ideal" de niño del que dispone mi juez?
- * ¿Soy en, mis acciones, más bien permisivo e indulgente, o crítico y demoledor?

- * Para meditar... **"Es el niño quien percibe el secreto primordial de la naturaleza y es al niño que hay en nosotros a quien regresamos. El niño interior es lo bastante simple y osado para vivir el Secreto..."** – Chuang Tsu

- * Recomendando leer, luego de haber finalizado este tercer capítulo y como profundización: **"Recuperar el niño interior"**, autores varios, Kairos (en el género ensayo) y **"El Principito"**, de A. de Saint Exupery; y ver la película **"Hook"** o leer la historia de Peter Pan en su versión original (en el género cuentos clásicos).

